

# ANDREAS ALTMANN



**LA VIDA  
DE MIERDA DE  
MI PADRE,  
LA VIDA  
DE MIERDA DE  
MI MADRE  
Y MI PROPIA  
INFANCIA  
DE MIERDA**

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

---

**Andreas Altmann**

La vida de mierda de mi  
padre, la vida de mierda  
de mi madre y mi propia  
infancia de mierda

Traducción del alemán por  
Carles Andreu

---

Título original: *Das Scheißleben meines Vaters, das Scheißleben meiner Mutter und meine eigene Scheißjugend*

© 2011 by Piper Verlag GmbH, München/Berlin

© por la traducción, Carles Andreu, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-322-3966-3

Depósito legal: B. 649-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

---

## 1

*Cuando viví en París por primera vez alquilé mi piso de Alemania. No sabía si mi traslado a Francia sería definitivo. Una mañana, presa del pánico, tomé el tren de vuelta a M. Aquella noche, en una pesadilla, había visto cómo mi subarrendataria echaba a perder todas mis cosas.*

*Resultó ser cierto, a excepción de algunos detalles menores. Llamé a la puerta y apareció la joven. Hermosa como siempre y, casualmente, desnuda. Vi la desnudez y la desolación: las paredes sucias, los platos en el agua negra de la bañera, la alfombra llena de agujeros de quemaduras, las moscas sobre los fogones mugrientos, la comida cubierta de moho, el baño impracticable, una montaña de ropa sucia y apestosa... Aquellos cincuenta metros cuadrados se habían convertido en el campamento base de los heroinómanos.*

*Mantuve la calma de forma admirable: le pedí a Linda, que tenía veintitrés años, que se vistiera, la*

---

*eché de mi casa al instante y bajé todas sus cosas a la calle. Dos horas más tarde, volvía a ser el único inquilino de mi piso. Me puse a limpiar, había mierda para llenar por lo menos dos bolsas de basura enteras. Entonces me fijé en la librería y detecté de inmediato un único vacío sospechoso: faltaba Mi lucha, de Adolf Hitler. La edición de 1939, firmada por el autor. No era que Linda simpatizara con el nazismo, desde luego, pero, como todos los yonquis, necesitaba dinero y, con la autoridad de quien anda siempre atento en busca de cosas de valor, encontró el único libro por el que le habrían pagado más de cincuenta pfennigs en el mercadillo. El precio en el mercado negro rondaba por entonces los cuatro mil marcos. Eso daba, por lo menos, para cuarenta jeringuillas.*

*Curiosamente, supe de inmediato que se trataba del último recuerdo (físico) de mis padres. Como a todas las parejas de su época, se lo habían regalado por su boda. Aquella pérdida me puso de buen humor: me había librado de todo lo que me recordaba a los dos. Me sabía mal por el dinero, pero no por el libro en sí: cada vez que lo veía no sentía más que odio. No hacia el genocida que lo había escrito, sino hacia aquellos dos que en su día habían sido responsables de mi propia infelicidad. Y no me faltaban motivos para ello.*

Llegué al mundo con un grito de desesperación. Quien gritó fue mi madre: vio mi sexo y soltó un sollozo histérico, prueba de su atroz decepción. Para ella, todo lo masculino (y qué podía haber más masculino que un rabo) era un símbolo de infamia y opresión, de desilusión perpetua. El sexo nunca había logrado entusiasmarla, transportarla a un estado de eufórico arrebató. Tampoco había sido así nueve meses antes, cuando a su marido, mi padre, lo había vuelto a asaltar la necesidad. Y, casualmente, había encontrado a su mujer a mano. Ella se dejó hacer, con la indómita esperanza de concebir a una niña: después de tres niños (de los cuales el primogénito había muerto poco después de nacer), un ser que, por fin, no estuviera marcado por la violencia. Pero el que nació fui yo, la quinta polla de la familia en su conjunto y la gota que colmó el vaso. Y mi madre —aunque eso no lo supe hasta mucho más tarde— perdió los nervios. En cuanto se quedó a solas conmigo, me cubrió la cara con una almohada. Mejor matarme que tener que aguantar a otro que iba a contribuir sin duda a la desgracia en el mundo. Me rescató la comadrona, que entró en la habitación en el momento más oportuno. Y así fue como superé aquel trance: con la cara amoratada y la intuición de no ser bienvenido.

---

### 3

Los siguientes cuatro años se despachan enseguida. No conservo el menor recuerdo de ellos. Solo que me llamaban «muñequito», ya que eso es lo que muestran las fotografías y lo que mi madre me contó más tarde: me ponía vestiditos de niña para no tener que recordar que iba a convertirme en un hombre, un cerdo. Muñequito sonaba más femenino, y la verdad es que yo parecía una niña, ricitos rubios incluidos. Por absurdo que resulte, mi madre se refería a mí como su «hijo predilecto». Era católica y la atormentaba saber que había intentado matar a su propio hijo, de modo que me colmaba de amor. Algo así como una compensación para tratar de evitar el infierno. La idea era esa, según me contó mucho más tarde.

### 4

Pero pronto la desgracia cayó de nuevo sobre mí: nació mi hermana. Y el puesto de persona predilecta cambió de dueño. La alegría de mi madre debió de ser inmensa. Un ser sin rabo acudió a ella, que lo recibió como un ángel de la guarda, esta vez con lágrimas de incredulidad en lugar de tentativas de asfixia. Y la bautizó con tres nombres sagrados: Maria Perdita Désirée. La querida, la que ya creía perdida y la deseada.

---

Aquí es donde empiezan mis primeros recuerdos. Llamaron al fotógrafo para que nos retratara a los cuatro niños. Siempre con la misma composición: la hija en la cuna y los tres hermanos contemplándola. Como admiradores, como adoradores, pero siempre sin el marido, sin el padre. Estoy seguro de que mi madre dispuso las fotos así con toda la intención, para que aquel hombre, el adulto con su rabo también adulto, no destruyera la magia del momento.

## 5

Tardé un poco en comprender que la posición de privilegio que mi madre me había concedido durante cuatro años era ya cosa del pasado. Hasta entonces me habían abrazado, achuchado, lisonjeado, besado, obsequiado, exhibido, lucido y alabado hasta la afonía. No en vano yo era el predilecto, el hijo predilecto, el niño predilecto. Mis hermanos, mayores los dos, quedaban eclipsados a mi lado, hasta el punto de que nunca reparé siquiera en su presencia. Solo existía yo. También mi padre quedaba eclipsado. Éramos mamá y yo, y nadie más. Simbióticos, neuróticos, nos lanzamos de cabeza, valerosamente, hacia un desastre seguro. Porque todo en mí era un error: yo era el predilecto equivocado, el hijo predilecto equivocado, el niño predilecto equivocado. Pero mi madre y yo



---

fingíamos no saberlo. Porque su exaltación no era fruto del amor, sino de una intensa mala conciencia. En cuanto la verdadera amada hizo acto de presencia, mi papel como invitado especial tocó a su fin. Yo volvía a ser alguien con rabo, otra vez Andreas (¡el valeroso!, ¡el hombre!, en griego), un molesto descendiente que le había endilgado el borracho de su marido.

## 6

Para que me fuera acostumbrando a mi nueva existencia, empezaron a internarme en una residencia. Unas veces durante una semana, otras un mes entero, siempre que mi madre «padecía de los nervios». Y padecía a menudo. Más tarde descubrí que, a sus espaldas, la gente la llamaba «madre cuclillo», una zorra que dejaba a sus hijos en nido ajeno para quitárselos de encima. Pero no era una zorra en el sentido estricto, simplemente quería desembarazarse de los ejemplares que acababan con sus nervios. Y eso me incumbía sobre todo a mí, el expredilecto. Mi madre pertenecía a esa clase de personas que no tenían más que enterrar la cabeza en la arena para olvidarse de algo. Era una campeona mundial en represión. No siempre, pero sí a menudo. Me dejaba en la puerta y desaparecía para, el día menos pensado, aparecer de nuevo y recogerme. Aún hoy ignoro cuál era el papel de mi padre en

---

todo este juego del escondite. Seguía ausente, por lo que no aparece en mis recuerdos de aquellos años.

7

De los cientos de días que pasé en la residencia me han quedado grabadas unas cuantas imágenes. Hay una que se repite, siempre idéntica: bajo sigilosamente de mi cama, en el dormitorio comunitario en penumbra, me acerco a la puerta, la abro y echo un vistazo al pasillo. Larguísimo, el suelo de piedra, un viento helado, oscuridad, abandono, un silencio espantoso. (Terminaba en aquella institución sobre todo en invierno, cuando la vida de mi madre estaba todavía más marcada por la depresión.) Y entonces me veía a mí, el valeroso, pugnando conmigo mismo y perdiendo. Porque nunca lograba llegar hasta el baño, porque el miedo a la oscuridad era más fuerte, porque cada vez volvía a la cama y me convertía de nuevo en lo que todo el mundo sabía que era: un meón.

¿Cómo olvidarlo? Aquella mezcla de alivio, aquel chorrito caliente (¡calor!) y aquella vergüenza atroz, que horas más tarde resultaba evidente para todos. Doble vergüenza: por ser un cobarde y por ser un niño mayor que todavía se levantaba mojado. Parecía un conflicto irresoluble: el miedo a la oscuridad era más profundo que el miedo al oprobio diario.

---

Y, sin embargo, en un momento dado se presentó una solución. Mi hermano Manfred, el segundo, terminó también desembarcando en aquel lugar. (Stefan, el mayor, estudiaba ya en un internado; solo Perdita vivía con mi madre.) Y Manfred se convirtió en el hermano mayor, el protector, el irremplazable. Mi hermano me acompañaba sigilosamente por el horrible pasillo hasta el baño y montaba guardia. Y ni una sola vez me hizo sentir que él era valiente y yo no.

## 8

Empezó el colegio. Vivía otra vez en casa (solo tenía que volver al dormitorio comunitario durante las vacaciones). La señorita Rambold, una mujer canosa y viejísima, era nuestra maestra. (También lo sería en el segundo curso.) No llevaba vestidos, sino unos rollos de tela que envolvían sus solitarias caderas, y sus ojos reflejaban la certeza de que su vida discurría de forma distinta a como la había imaginado. Mi habilidad para detectar la tristeza en el rostro de las mujeres se había desarrollado muy pronto.

Yo era un alumno pasable, sacaba notables en casi todo e incluso algún sobresaliente. Aún hoy admiro a las maestras. De forma misteriosa, son corresponsables de que uno salga al mundo con curiosidad o sin ella. Y la señorita Rambold no era

---

una mujer mala que hiciera pagar a los demás la vacuidad de su propia vida. Tampoco a nosotros, sus alumnos. Hacía lo que daba de sí. En mis notas escribió un par de comentarios tirando a críticos: «Inteligente pero muy flemático» y «Andreas no tiene mucho coraje. Es un miedica». Un punto positivo y dos negativos. Mi nombre, al parecer, no había resultado profético.

## 9

Mi madre tampoco era *mala*, pero no era capaz de ocultar su infelicidad. Su proximidad no me hacía ningún bien. Percibía físicamente su falta de interés por mí. Yo era su programa libre, mientras que las figuras (es decir, el amor) se las llevaba todas mi hermana. La que no tenía nada ahí abajo.

Mi cuerpo no lo toleró. Todo empezó de forma ingenua, mordiéndome las uñas. Había devorado ya un tercio, pero seguía hincándoles el diente con saña y de la uña pasaba a la carne. Cuando ya no quedaba nada que morder, me sacaba los zapatos y atacaba las uñas de los pies. Terminaba con los dedos ensangrentados. Y me lo comía todo. Me comía a mí mismo. Trataron de advertirme de las horribles consecuencias de aquel hábito con gritos e insultos; menuda forma tan peculiar de hacerme entrar en razón. Una y otra vez, mi madre cogía el rollo de esparadrapo

---

y me cubría las heridas con tiras de cinco centímetros. Muchos días me presentaba ante ella cubierto de parches, descalzo, mostrándole las manos: «Mira, estoy sangrando». Que sonaba como: «Mira, quiero que me quieras».

Pero su amor no llegaba. Empecé a magullarme la nariz, impelido por la idea infantil de que tal vez el sufrimiento del hijo conmovería a la madre y la empujaría de vuelta a mí.

Y venga a meterme los dedos en la nariz. No un índice torpe, sino dos índices torpes. Las puntas de los dedos me dolían con cada movimiento, pero tarde o temprano la sangre me manaba por la cara y se mezclaba con la de la mano. Yo lo lamía todo, mocos incluidos. Me echaba en el suelo, con los dedos de las manos y de los pies desollados y sangre en los agujeros de la nariz. Ahora sangraba de pies a cabeza, sangraba a diestro y siniestro. Pero aquel gesto dramático, ridículo, no sirvió de nada. Mi madre nunca fue capaz de descifrarlo. Me miraba, se asustaba... y me administraba los primeros auxilios. Un pañuelo, un poco de algodón, cuatro palabras ausentes pronunciadas entre murmullos. Más irritada que cariñosa.

## 10

No soportaba su distanciamiento. Descubrí que tenía cabello y empecé a arrancármelo; me

---

colocaba ante el espejo y me pegaba un tirón brutal al tupé. Rabioso de existir. No tenía derecho a vivir, de modo que hacía pedazos mi cuerpo para que dejara de ser. Aunque también es posible que sucediera justo lo contrario, que hiciera todo aquello precisamente para sentir, para notar que estaba ahí. Pero la que lo significaba todo nunca quiso que ese cuerpo viviera. En todo caso, un día me salió sangre también de la cabeza. Me arranqué un mechón poco resistente y de repente resultó que tenía un pedazo de cuero cabelludo con jirones de piel ensangrentada en la mano derecha. A pesar del dolor me quedé descansado. Además, por una vez mi madre tuvo una reacción enérgica: corrió hacia el teléfono y, con voz histérica, llamó al médico. Fui el centro de atención durante una hora. Tuvieron que coserme la herida, y lucí las vendas como un trofeo. Dejé de lesionarme durante unos días, desbordado por la ilusión de una posible salvación. Pasé una semana convencido de que el amor se podía comprar, aunque fuera con sangre. ¿Cómo era posible no querer a alguien que se entregaba con cuero cabelludo y sangre?

## 11

Pero persuadir a mi madre se demostró imposible, ni siquiera con vendajes empapados de sangre. En cuanto me salió la costra en la tapa de los

---

sesos, toda su atención volvió a centrarse en la que era el objeto de su devoción. Y yo me vi de nuevo relegado al banquillo. Era como un jugador al que el entrenador ya no quería alinear, pero que, por lo que fuera, tampoco podía echar del equipo. Mamá no me podía despedir, desde luego, pero podía dejarme en segundo plano. Del mismo modo que un futbolista apartado del equipo percibe un salario mínimo, yo pasé a recibir la ración mínima de calor humano que cabe esperar de una persona civilizada.

Mi cuerpo pasó de nuevo a la acción, preparado para gastar el último triunfo, una jugada peligrosa que, en su radicalidad, demostraba hasta qué punto deseaba tanto a mi madre como su amor: me negué a ir de vientre. En cuanto me venía un apretón, me resistía y encogía el culo con fuerza. Hasta que venía el siguiente, que era más intenso y requería una contrapresión todavía más enérgica. Incluso estando en clase, o haciendo deporte. «Ya está otra vez Andreas aguantándose la caca», decían mis compañeros de clase cuando me veían ahí plantado, convertido de pronto en una estatua de sal.

Pero a mí eso no me importaba. Lo único que contaba era la atención de mi madre: tenía que mirarme y verme sufrir. Y me vio, inevitablemente, pero solo cuando estuve en la cama, incapaz de moverme. Por fin la tenía donde quería tenerla: a mi lado, hablándome con voz cálida y haciéndome

---

preguntas que iban dirigidas tan solo a mí. Le conté que hacía siete días que no iba de vientre. Y de pronto aquella mujer ausente regresó a mi vida, puso sus manos de madre sobre mi barriga dura como una piedra y le entró miedo, verdadero miedo. Fue enseguida a buscar un orinal, prendió el hervidor de gas, me sacó de la cama y me hizo sentar encima del cuenco lleno de agua caliente. Se suponía que el calor debía relajarme el bajo vientre y convencerlo para que cooperara.

Mi madre se quedó a mi lado. Sospecho que durante horas. Se sentó junto a mí, esperando. Y en un momento dado (tras una eternidad apretando y gimiendo) llegó la recompensa. Me desplomé, agotado, y vi cómo el orinal se volcaba y el zurullo, duro y cubierto de hilillos de sangre, se deslizaba sobre la alfombrilla del baño. Mamá me sujetó y me abrazó, y dejó el zurullo ensangrentado en el suelo hasta que me cansé de llorar.

## 12

Nunca más volví a estar tan cerca de ella. Aunque seguí mutilándome, mordiéndome hasta sangrar y castigando mi estómago, hasta el punto de que una vez terminé en el hospital con una infección intestinal. En cuanto me apartaba del abismo, ella se apartaba de mí. Solo cuando corría peligro, verdadero peligro, tenía derecho a tenerla.



---

### 13

Fue entonces cuando mi padre entró en escena. Aún hoy sigo siendo incapaz de explicar por qué no lo conocí hasta que tuve nueve años. Es posible que yo estuviera demasiado ocupado corriendo detrás de mi madre, tal vez porque mis dos hermanos ya no estaban ahí. Aunque el único al que yo echaba de menos era Manfred, el hermano que contaba de verdad, el protector. (Lo habían metido en el internado por sus dificultades en el colegio.) Cuando nos despedimos me puse a llorar. Qué idiota, tendría que haberlo felicitado por tener la suerte de poder largarse.

### 14

Los frentes se desplazaron. De repente, mi padre, figura hasta entonces invisible, se convirtió en el jefe supremo, en un tirano, en una presencia colérica con tendencias psicópatas. Desde luego que ya lo era antes, a escondidas, disimulando, pero hasta aquel momento yo no tomé conciencia de ello. Más tarde, muchas mujeres me contaron que sus maridos habían sido auténticos caballeros hasta el momento de casarse, pero que tras la noche de bodas habían despertado convertidos en bestias. La diferencia con Franz Xaver Altmann es que, en su caso, tras la boda tuvo que hacer el pe-

---

tate y marcharse a la guerra, la Segunda Guerra Mundial.

## 15

Estoy preparado para documentar todas las cosas malas de mi padre. Dedicaré las próximas cien páginas, si me alcanza, a exponer sus vilezas sin ahorrarme una sola infamia. Y todo ello sin olvidar la frase de Georges Simenon: «Mi presente tarea como escritor no es juzgar, sino comprender». Se trata de una frase muy inteligente. Y es verdad: detrás de las vilezas están los motivos de la infamia. *The story behind the story*. Parto de la premisa de que —igual que todos los escritores que me precedieron— no seré capaz de explicar satisfactoriamente por qué otra persona, en este caso Franz Xaver Altmann, terminó siendo de tal forma o de tal otra. Una parte del jeroglífico y del misterio siempre queda sin resolver. Uno puede apenas presentar probabilidades y razones generales, apuntar en la dirección decisiva. Aunque, naturalmente, también juzgaré. Me convertí en la cabeza de turco preferida de mi padre y tengo derecho a mi odio legítimo.

---

## 16

El término *trastorno de estrés postraumático* no se popularizó hasta la guerra de Vietnam. Este servía para designar la psicopatología que sufrían aquellos veteranos que habían vivido experiencias traumáticas, situaciones que habían superado su «sistema de defensa» psicológico. Es posible tolerar impertinencias e insultos sin que eso altere el equilibrio interior, pero matar y verse expuesto a diario a la posibilidad de morir provoca enfermedades. Cuando los hombres volvían a casa, habían perdido el juicio. O la voz. O la felicidad. Deliraban despiertos y en la cama, se veían a sí mismos luchando, les entraban sudores fríos, veían a sus amigos destrozados frente a su propia (e inmerecida) supervivencia, yacían junto a sus mujeres, paralizados e impotentes, perdían las ganas de vivir, o se convertían en criminales o en vagabundos piojosos. De los tres millones de soldados norteamericanos, setecientos mil se sometieron a tratamiento y se les diagnosticó TEPT.

## 17

Mi padre volvió de la guerra de una sola pieza, pero convertido en un hombre devastado. Psicológicamente. Si hubiera alegado trastorno de estrés postraumático, se habrían reído de él. En esos años

---

no había cajas de aspirinas gratis. Lo que mi padre vio en Polonia y en Rusia (y existía una foto suya con el uniforme de las SS, que más tarde desapareció), como soldado, como criminal, como bárbaro (la barbarización parecía inevitable), no lo ha experimentado ninguno de nosotros. Más allá de cuatro episodios folklóricos que le relató a Manfred, y que no contenían ni asomo de atrocidad alguna, no nos contó nada de nada. Le faltaban las palabras, algo que solía interpretarse como un símbolo de decencia, de conciencia. Aunque a lo mejor se trataba tan solo de precaución, para que no lo condenaran. En todo caso, no alardeaba de sus crímenes, ni de los que había instigado, ni de los que había presenciado.

Él y yo nunca hemos hablado de ello. Cuando llegué a la edad en la que empezó a interesarme el pasado, ya no teníamos relación. Y eso, el hecho de no haber hablado nunca de ello, es algo que hoy en día lamento profundamente. Tendría que haberlo obligado a hablar. Regresó de la guerra a los cuarenta años, en el ecuador de su vida, convertido en un zombi, y pasó la segunda mitad de su vida librando otra guerra. Pero en esta ocasión, la zona de combate no fueron los remotos Urales, sino su propia familia.